

ESPACIOS MARINOS DE INTERÉS ECOLÓGICO



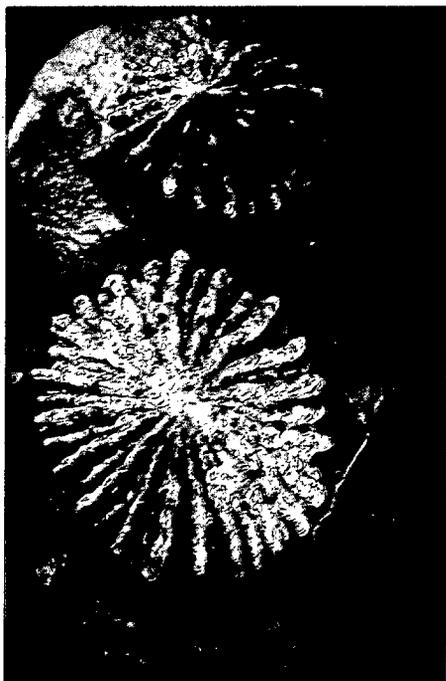
LA ISLA DE ALBORÁN

Alborán es una isla de origen volcánico que da nombre a la mar de su mismo nombre; vosotros me entendéis. Al fondo submarino, convertido en furioso útero de magma incandescente, le dio por parirla en mitad del Mediterráneo hace diez millones de años y, curiosamente —hay que ver lo que es la vida—, fue coincidiendo con el diezmillonésimo aniversario de su nacimiento cuando quien suscribe, a la sazón aspirante de Intendencia en guardia de serviola a bordo del minador *Neptuno*, anunció a voz en grito: «¡Tierra por la una!», y la diminuta Alborán se asomó por proa resplandeciendo blanquísima y fantasmagórica en la absoluta «grisitud» de un día achubascado de esos que da la mar de vez en cuando, en los que agua y cielo se funden en la enormidad y en la mezcolanza de

toda la gama posible de grises sin horizontes, en la que todo lo que se encarna lo hace con la sorpresa de un espejismo y el misterio de una aparición sobrenatural. «De ese albor —me dije— le vendrá el nombre de Alborán».



Barco coralero italiano, faenando fraudulentamente en el mar de Alborán. Fue detenido por el patrullero *Bonifaz* en 1983 con abundante coral camuflado en falsos mamparos. (Foto: Liberal).



La *Parella ferruginea* sí que es un animal en «inminente trance de extinción», sin eufemismos. En Alborán hay una docena de ejemplares, los últimos. (Foto: D. Valledós).

Pero no. Resulta que ese pedacito de tierra emancipada dicen que se llama así porque un pirata moro, natural de Almería, un tal Al-Boraní, solía esconder en ella sus tesoros. Otros aseguran que los musulmanes la llamaban «el ombligo de la mar», por dónde estaba; y a mí, digan lo que digan, sigo empeñado en lo del albor de Alborán pues convendréis conmigo que la isla, a mitad de la derrota entre África y la Península, siempre que se vislumbra tira al blanco-blanco, por aquello de que la mar es azul e inmensa y todo lo que aparece de súbito en ella palidece.

Por otra parte Al-Borak se llamó la yegua blanca y alada de Mahoma en la que hizo su fabuloso viaje nocturno desde la Meca a Jerusalén. El arcángel San Gabriel se la entregó en persona al profeta en remoto y aislado lugar, y horas después el profeta se la devolvía en el mismo sitio: ¿Alborak, Alborán? (aclaro que esto son cosas mías, debido a que, mientras escribo, suena Schubert en un *allegro*, que es música propicia para la lucubración y qué se le va a hacer).

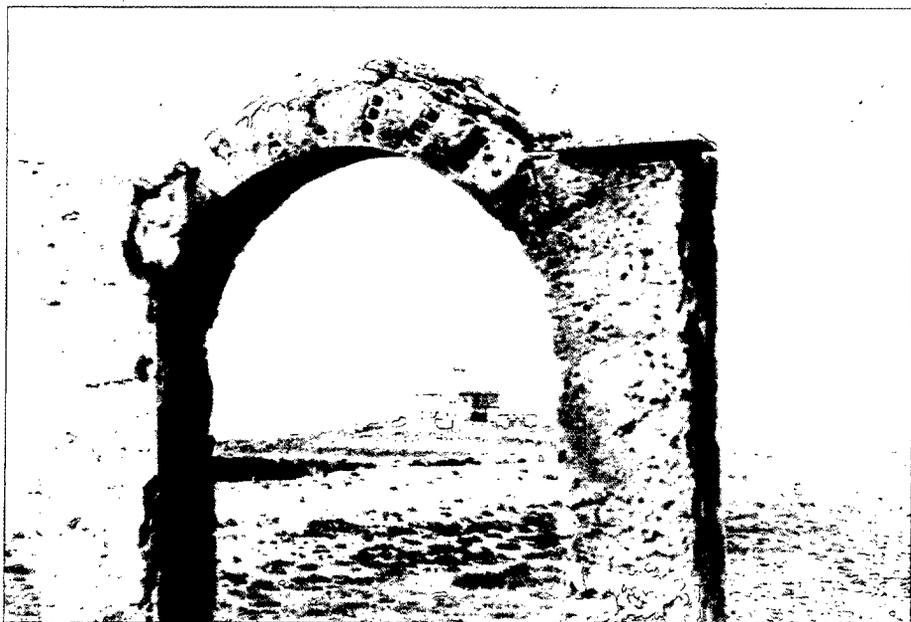
Para nosotros Alborán es un destacamento de la Armada cuyos miembros, querámoslo o no, remueven en nuestros cimientos la nostalgia del Robinson Crusoe que todos llevamos dentro. El teniente coronel de Infantería de Marina Miguel Aragón me ha contado muchas veces lo que es la vida de unos hombres en una isla cuyas dimensiones máximas son de 605 m de longitud por 265 de anchura. Pateársela es como dar la vuelta a la manzana y ahí está la novedad, que deja de serlo a medida que se estrena: el único paseo posible es desde el faro al cementerio y vuelta desde el cementerio al faro, y la principal misión es, nada más y nada menos, que «estar» allí, es decir, estar para que no puedan estar otros, pues cuando no estaba el destacamento aquellas soledades se superpoblaron de contrabandistas; de contendientes en grandes y pequeñas guerras vecinas o lejanas, que allí echaban una cana al aire, o lo que sea; de aventureros sin ventura y, especialmente, de pescadores furtivos que estuvieron a punto de terminar con la mayor riqueza de aquellos fondos, el coral rojo.



Vista aérea de la isla de Alborán. (Foto: R. Martínez-Cañavate Alarcón).

No es que fuera el príncipe de Sealand, pero en plena guerra fría merodeaba por allí cierto almirante ruso que demostraba una especial querencia por la isla de Alborán, puesto que carecía de molestos testigos y porque, aparentemente, estaba perdida en ninguna parte. En los finales de la década de los sesenta la apetitosa y despoblada islita se puso de moda entre los mandos de los buques de guerra de la extinta URSS, que la aprovechaban para solazarse en menesteres tan burgueses como era estirar las piernas, reírse un poco, broncearse al sol, comer de campo, echar una siestecita y que la marina se bañase alegremente, se diesen ahogadillas unos a otros, chapotease y bucease en su Punta Norte, en el

llamado canal de las Morenas, cabe al cercanísimo islote de las Nubes, que ya empezaba a figurar en las cartas náuticas rusas con el inquietante topónimo de «Islote del Almirante». Si bien nuestro gobierno de entonces hacía la vista gorda, porque «pelillos a la mar», no nos íbamos a pelear con Rusia por un quitame allá esa paja. Una de aquellas bucólicas cachupinadas motivó que en 1971 nuestra cancillería elevase una enérgica queja diplomática contra los marinos «comunistas», a los que el personal ya había desnudado un tanto de los fieros colmillos y agrestes pesuños que se les suponía, tras el sonado triunfo con el balón de la selección española frente a la soviética en el estadio de Bernabeu, lo que,



El faro de la isla de Alborán visto a través de la puerta del cementerio en el otro extremo de la isla. (Foto: D. García).

dicho sin el menor atisbo de ironía, supuso uno de los hechos más sobresalientes de la historia contemporánea española. Sucesos como los narrados y visitantes como los enumerados plantearon en aquellos tiempos la necesidad de ocupar permanentemente Alborán instalando allí un destacamento, cuya efectividad se ha demostrado por el hecho de que, cada vez que se han ido, pronto han tenido que volver, porque las islas desiertas en seguida tienen cola para dejar de serlo y más si están donde están.

Alborán disfruta de un destacable *currículum vitae*. Su cementerio es muestra de una vida y unas muertes ya irrepetibles. El levante y el lebeche con su fiera erosión han dejado ilegibles unas lápidas que se sabe que

eran de la mujer y del hijo del farero de principios de siglo. Otra es de un innominado piloto que cayó a la mar con su avión durante la segunda guerra mundial. Unos pescadores que faenaban en las inmediaciones le dieron cristiana sepultura en la isla y el cadáver nunca fue reclamado, aunque me da a mí que alguien lejano, que no sabía ni siquiera que existía Alborán en el ancho mundo, pasó sus buenos años esperando verle y desesperando por no verle. Al ser paseo obligado este del cementerio, como antes dijimos, en esta tierra no se cumple aquello que decía Unamuno de «qué solos se quedan los muertos».

Es Alborán punto intermedio de enganche del cable submarino tendido entre Almería y Melilla, que tanto

juego dio en las comunicaciones previas a la transmisión por satélite. Tiene Alborán una roca única en el mundo, llamada alboranita, como no podía menos de suceder, compuesta de andesita e hiperstena, que además es muy rica en cal. Su suelo, arenoso y amazacotado al mismo tiempo, sólo es capaz de dar unas pocas plantas de escaso porte, pero son muy chulas porque son tan excepcionales como lo es la alboranita: se trata de los endemismos *Senecio alboricanus*, *Diplotaxis siettiana* y *Anacyclus alboranensis*.

También es excepcional el escarabajo *Zofosis alborana*, que sólo vive en esta isla, y cuyo único problema vital será el plantearse el sakespeariano *to be or not to be* de su singularidad isleña. Otro que tal anda es el caracol endémico terrestre *Helix alboranensis*, que en buena ley sí que puede presumir del orteguiano «yo soy yo y mis circunstancias», cosa que los que somos vulgares y no somos moluscos no podemos hacer.

En la bibliografía al uso se cita a Alborán como punto de nidificación de la interesante gaviota de Audouin, pero mis amigos y doctores en biología De Juana y Varela desmienten tal posibilidad, cuando acceden a la isla, trasladados por uno de nuestros helicópteros, el 23 de junio de 1982, para estudiar la fauna alboraní. A cambio, encuentran los restos de una treintena de nidos vacíos de gaviota patiamarilla del Mediterráneo (*Larus cachinans michaellis*) y se sorprenden de este bajo número en relación a la presencia de 280 adultos, un solo pollo aún no volatón y el encuentro



La barra italiana, un artefacto al que se debe la destrucción de nuestros bancos coralíferos. (Foto: Liberal).

de un huevo infértil de la especie. Entre los adultos apenas si llegan a la decena los jóvenes del año; es decir, que se trata de una colonia con muy baja productividad, lo que achacan a la llanura del terreno, a su escasa cobertura vegetal y a la inevitable acción humana, o sea, de nuestro personal destacado, pues es evidente el «aquí no cabemos todo», en sitio tan pequeño, por una parte y, por otra, el excesivo celo ecológico de nuestra gente, que les lleva a quemar las basuras para eliminarlas, y sabido es que un bicho tan omnívoro y loco, como es la gaviota, actualmente su

principal alimentación son los residuos orgánicos que genera el hombre (y las mujeres). Yo supongo que, en el caso de la gaviota de Audouin, sometida a continua expansión y a peculiares regresiones en su hábitat mediterráneo, puede compartir, «según qué años», espacio de nidificación con la patiamarilla en Alborán. Completa el catálogo faunístico isleño unos cuantos ratones caseros, aunque asilvestrados, algunos conejos domésticos, también cimarrones, que se cazan a la carrera, respetando a las hembras, y algún que otro gorrión común volando en las inmediaciones de la habitación humana.

Entre lo que tiene Alborán y está a punto de dejar de tener se encuentra la lapa *Patella feruginea*, un castigado molusco del que apenas se han contado en la isla media docena de ejemplares y poco más en la costa marroquí, eso en todo el mundo. Otra especie que estuvo, y ya no está en Alborán ni en la costa española, es la foca monje (*Monachus monachus*), que encontró medio ideal para reproducirse en las cuevas de esta isleta, entre ellas la Cueva de las Lapas, la del Pajel, Cuevas Viejas y, la más evocadora la Cueva del Lobo Marino. Los últimos registros de esta foca en Alborán datan de los años 1960, 1972 y 1984.

Pero lo que de verdad tiene importancia en la isla y su entorno es la fauna submarina, con el coral rojo (*Coralium rubrum*) a la cabeza.

De este pólipo se aprovecha en joyería, donde la materia prima alcanza altos precios, alrededor de

300.000 pesetas el kilo, el esqueleto externo, que este animal colonial desarrolla con suma lentitud. Hace años extraía el coral el buzo de escafandra dependiente de la superficie, y estos magníficos profesionales tenían gran cuidado en elegir los ramos más vistosos y viejos, que eran los más rentables y los que menos perjudicaban a la especie, respetando a los elementos reproductores. Codiciado desde la antigüedad por su belleza y propiedades mágicas, las manchas del coral rojo se extendían desde el estrecho de Gibraltar a la costa de Túnez, incluyendo amplios yacimientos en España, Italia y menores en Grecia. Sin embargo, su antiguo esplendor ha quedado reducido hoy día, quizá en todo el *Mare Nostrum*, al coral residual de las reservas marinas de las españolas islas Medas, de las Columbretes y la de la isla de Alborán. En el resto de la Europa y África mediterráneas ha sido totalmente esquilado, al menos el que vive a menor profundidad, que es el coral de más fácil acceso y, por tanto, de menor coste de extracción. Este pólipo se desarrolla desde los 10 a los 300 metros de profundidad y de su dramático declive ha tenido la culpa la llamada «barra italiana», que es un pesado artefacto consistente en un cilindro de 5 ó 6 metros de largo y más de una tonelada de peso que es arrastrado por el fondo marino desde el barco coralero. Del ingenio cuelgan varias y gruesas cadenas de cinco metros o más, que se acompañan de unos sacos de red que recogen todo lo que rompe en su recorri-

do, siendo su rendimiento mínimo, como puede suponerse, pues la mayor parte de la carga hay que devolverla a la mar por inservible, destrozándolo todo y acabando con el peculiar medio que caracteriza el coral, donde frezan los peces y se reproducen las más interesantes especies de interés científico y pesquero. El propio nombre del artilugio del que tratamos señala a los pescadores italianos como los causantes de la rarificación en el mar Mediterráneo de esta deslumbrante especie que, actualmente, se ve aún más amenazada por los robots y submarinos electroarticulados y no pilotados, que dirigidos desde la cubierta del buque de superficie tienen acceso a las cuevas y abrigos a los que la mortífera barra italiana no fue capaz de llegar.

Es tal la codicia que despierta el coral que su pesca ilegal por parte de flotas extranjeras no hace muchos años que daba serios quebraderos de cabeza a nuestros buques de vigilancia. El capitán de navío Liberal, a cuya amabilidad debemos parte de las fotografías que ilustran este artículo y la más interesante información sobre la pesca y el cuidado de este preciado pólipo, me ha contado de sus navegaciones al mando del patrullero *Bonifaz*, en los años ochenta, por el mar de Alborán, del apresamiento de coralleros italianos y de las argucias empleadas en disimular la fraudulenta cosecha, consistentes en dobles techos, estructuras añadidas para esconder el coral,

fondeo de la carga y, en muchos casos, gentes recias y avezadas a la mar, en rocambolescas huidas combinadas y de distracción de las flotillas pesqueras, que en algunos casos sólo se entregaban ante los requerimientos admonitorios de los piques de nuestros proyectiles.

Pero, afortunadamente, estos abusos parecen ser ya agua pasada. La Orden Ministerial del Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación de 31 de julio de 1997, establece la reserva marina y de pesca de la isla de Alborán.

La reserva marina se extiende hasta una milla del litoral alboraní y cuenta con dos zonas: la primera media milla es de reserva integral, donde no se puede pescar, ni bucear, ni extraer ningún tipo de fauna o de flora marinas. Hasta la milla se autoriza la pesca profesional con palangre de fondo y la de recreo con curricán. La reserva de pesca llega hasta las doce millas, excluyendo, claro es, la mencionada milla de reserva marina. En ella se establecen una serie de limitaciones para la pesca profesional y únicamente se contempla la extracción del coral rojo previo informe del Instituto Español de Oceanografía, y con el fin de ir estudiando su posible y futura explotación racional, selectiva y renovable.

Y nada más, hasta otra.

José CURT MARTÍNEZ

